

Reflexiones sobre la educación

Fernando Pascual, L.C.

Profesor ordinario de filosofía en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum

Notas

La Iglesia siempre ha prestado una gran atención al tema educativo. Estas líneas recogen diversas reflexiones sobre el argumento, con la mirada puesta en tantos hombres y mujeres que promueven una educación sana, abierta al bien, a la verdad, a la justicia y a Dios¹.

1. La educación como un proceso de cambios

Una característica de la existencia humana consiste en la apertura al cambio. Hay cambios que ocurren de modo fortuito, imprevisto. Otros se producen según leyes férreas de la física y del mundo natural. Otros, al menos idealmente, son proyectados y orientados por el hombre.

La educación se coloca en el tercer grupo de cambios: aquellos que surgen desde la búsqueda consciente de un modo diferente de ser. ¿En qué consiste ese modo de ser? En la adquisición de un saber, o de una habilidad, o de una competencia, o de otras cualidades que, según se piensa, mejoran al educando.

Lo anterior vale de modo especial cuando ponemos ante nosotros cualquier actividad educativa. Aquí enumeramos algunas a modo de ejemplo.

Una madre enseña a hablar a su hijo pequeño. El hijo todavía no domina el lenguaje, quizá le falta autocontrol en los movimientos de los labios, de la lengua. Pero la madre sabe que palabra a palabra, frase a frase, es posible que su hijo adquiera algo nuevo: la capacidad de entender a otros y de expresarse.

Un niño va a la escuela. Encuentra ante sí programas, aulas, profesores, compañeros, libros, instrumentos electrónicos. Sus padres, sus maestros, y también la sociedad, esperan que progrese, que adquiera conocimientos y habilidades, que cambie para mejor.

¹ Reproduzco a continuación una serie de breves artículos ya publicados, con algunas reformulaciones. Algunos de ellos fueron escritos como fruto de un curso de filosofía de la educación que he podido ofrecer en los últimos años en el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*.

Un joven (o un adulto) lee un libro, consulta páginas de Internet, pide una cita para resolver un problema o para dar respuesta a una duda intelectual. Desde su misma interioridad, se convierte en un protagonista de su propia educación, al acoger y dar cabida a lo que otros le ofrecen.

La lista podría ser mucho más amplia, pues debería incluir no solo las dimensiones intelectuales, sino también lo que se refiere a prácticas manuales, a competencias profesionales, a las reglas de conducta y, de modo especial, a la ética. El ser humano está abierto, continuamente, a recibir influjos del exterior y a avanzar hacia lo que sea visto como mejora.

En todos y en cada uno de estos eventos, con mayor o menor conciencia, subyace un modo de concebir la existencia humana, según el cual estamos abiertos a cambios, a procesos, a novedades, que normalmente se orientan hacia lo que es visto como mejora.

Surgen en seguida las preguntas: ¿realmente las novedades y los cambios que se buscan en la educación son buenos, llevan a mejoras? ¿Según qué criterio se indica que es mejor conocer esto y es peor no conocerlo? Y con la palabra “esto” puede incluirse una lista casi interminable de contenidos y habilidades.

Responder a esas preguntas no resulta fácil, y algunas de las respuestas son muy diferentes entre sí, incluso contrapuestas. Pero lo que resulta innegable es el hecho de que todo acto educativo implica emprender un camino orientado a alcanzar algo nuevo, distinto, considerado como “mejor”, en quien es educado.

2. El ser humano y la educación

Todo proyecto educativo se construye, explícita o implícitamente, sobre una manera de concebir al ser humano, que es la que sirve para discernir entre lo que sean mejoras y lo que no lo sean en la educación.

Las preguntas necesarias para entender mejor nuestra humanidad son muchas: ¿existen diferencias relevantes entre el hombre y los animales? ¿Entre los mismos seres humanos? ¿Hay una igualdad radical o diferencias según parámetros más o menos claros y válidos? ¿Tiene sentido hablar de dignidad humana y por qué? ¿Cómo explicar la relación entre mente y cerebro? ¿Existe una libertad que deje espacio a las decisiones éticas y al amor?

La lista de preguntas sobre el hombre puede ser mucho más larga. Las respuestas, en un mundo pluralista, son más o menos diferentes, incluso opuestas según las perspectivas adoptadas.

Para quien defiende una visión materialista que niega cualquier espacio a la espiritualidad, el ser humano surge en el mundo por procesos evolutivos sin finalidad, y queda completamente aniquilado tras la muerte.

Para quien adopta una visión espiritualista, el ser humano tiene algo que supera lo simplemente material: surge desde la intervención de Dios, y está destinado a una existencia tras la muerte biológica.

Un educador, sea en la escuela, sea en la familia, lleva dentro de sí una visión antropológica, una respuesta a las preguntas fundamentales sobre la existencia humana.

La filosofía sobre el hombre, en diálogo con otras disciplinas, busca encontrar respuestas válidas a esas preguntas fundamentales que ayudan a comprender la existencia humana.

Desde esas respuestas, cada método educativo se orienta de una manera o de otra. Porque no es lo mismo educar al ser humano si es visto solo como un eslabón de un proceso evolutivo ciego, que educarlo si se considera parte de un designio divino, orientado constitutivamente hacia una finalidad temporal y eterna.

3. La educación y el determinismo

El apartado anterior invita a superar una de las visiones filosóficas que obstaculizan la elaboración de un sano proyecto educativo: el determinismo. Conviene, por lo mismo, detener un momento la mirada en ese fenómeno.

El determinismo tiene diversos orígenes. Uno, en el materialismo, que cuenta con una tradición que arranca desde el mundo de los atomistas griegos de los siglos V y IV a.C. Otro, en aquellas teorías que suponen que el comportamiento humano estaría controlado por las neuronas y las hormonas. Otro, en algunas visiones sociológicas, para las cuales la colectividad condicionaría de modo casi absoluto las decisiones individuales.

En cualquiera de sus formas, el determinismo es incompatible con las visiones que defienden la espiritualidad humana, la capacidad de pensar a través de conceptos abstractos y de escoger objetivos desde una voluntad libre. Porque las antropologías que defienden que el hombre puede actuar libre y responsablemente suponen, precisamente, que cada persona sería capaz de decidir más allá de lo que “impondrían” aquellos elementos o factores (materiales, biológicos o sociales) que encuentra dentro o fuera de ella misma.

Desde luego, hay aspectos fijos que son inmodificables. Por más buenos deseos y por más que uno se ejercite, una persona de baja estatura no podrá

aprender a jugar baloncesto como lo hace un profesional que mide más de 2 metros de altura.

Pero hay muchas otras facetas de la vida individual que surgen a partir de las opciones tomadas desde la razón y la voluntad. Ciertos hábitos en la rutina diaria, decisiones sobre el estudio o el trabajo, relaciones con otras personas, lecturas que se realizan, actividades en Internet... dependen de la libertad de cada uno.

Aquí se coloca la educación. Es cierto que en las primeras etapas, cuando el niño es todavía muy pequeño, el educador (inicialmente los mismos padres) promueve comportamientos y habilidades que el niño ni escoge ni entiende, por falta de desarrollo en sus capacidades superiores. Pero más tarde, todo educador se da cuenta de que un niño, a partir de cierta edad, empieza a juzgar sobre lo que se le enseña y se le pide, y asume internamente algunos objetivos y rechaza otros.

Por eso todo acto educativo, sobre niños o adolescentes que empiezan a vivir de modo racional, y también sobre adultos, supone la libertad como algo constitutivo del ser humano. Es decir, descarta las teorías deterministas.

En esta perspectiva se colocan dos grandes retos educativos que buscan responder las siguientes preguntas: ¿cómo estar seguros de que lo que se busca transmitir al educando es correcto? ¿Y cómo lograr que entienda y acoja lo correcto desde una inteligencia cada vez más madura y una voluntad libre?

El determinismo es incapaz de entender esto, como es incapaz de comprender una auténtica visión ética. Pero si aceptamos una antropología que reconozca la libertad humana, todo educador tiene ante sí un reto enorme: ofrecer ayuda a otros para que puedan avanzar hacia la verdad y hacia el bien, desde un pensamiento reflexivo y un carácter maduro y equilibrado.

4. Antropología y educación

Profundicemos, entonces, en lo que significa existir como seres humanos, pues todo proyecto educativo supone y se construye sobre una visión antropológica. Si tal visión es correcta, la propuesta educativa arranca desde buenas bases y escogerá objetivos adecuados. Si es equivocada, puede llevar a aplicaciones erróneas y a daños más o menos graves en los educandos.

Las distintas antropologías surgen ante preguntas formuladas en épocas y culturas diferentes, que en parte ya han sido mencionadas. ¿Es el ser humano alguien espiritual o simplemente como los demás animales, aunque más complejo? ¿Tiene un destino eterno o termina y se disuelve al llegar la

muerte? ¿Aparece desde casualidades evolutivas o existe gracias a un Dios creador y providente? ¿Nace con una naturaleza sana o hereda un daño, un “pecado original”, que explica muchas de sus dificultades presentes y futuras? ¿Su vida tiene sentido solo si participa en la sociedad o vale por sí misma aunque no pueda llevar una vida “normal”?

La lista de preguntas podría alargarse, pues el hombre es un ser complejo y no puede ser conocido solo si miramos algunas de sus dimensiones. La pluralidad de respuestas, sea a nivel teórico, sea a nivel práctico, explica por qué existen diferentes sistemas educativos y por qué cada educador (maestro, padre de familia, comunicador) afronta su tarea desde perspectivas diferentes.

Si nos fijamos en el ser humano, podemos encontrar varios aspectos sobre los que resulta fácil alcanzar un consenso aceptable.

El primero, observado por diversos estudios durante el siglo XX, es que cada ser humano inicia a existir con una condición biológica peculiar. Por un lado, carece de instintos fijos que le guíen en sus acciones, pues casi tiene que aprenderlo todo desde cero. Por otro, tiene una gran ductilidad, lo que le permite avanzar hacia horizontes y metas muy diversificados, según los estímulos y las indicaciones que recibe de sus educadores.

El segundo aspecto consiste en la habilidad lingüística y la racionalidad. El niño normalmente adquiere muy pronto un vocabulario conceptual con el que no solo señala e identifica objetos más o menos cercanos (una silla, una mesa, una cama, un pájaro), sino que también le sirve para abrirse intelectualmente a un mundo de comprensiones con las que puede desarrollar pensamientos más o menos autónomos.

El tercer aspecto radica en la capacidad de asimilar y hacer propias normas de conducta con las que luego dirige sus acciones. No solo para aprender a caminar en posición erguida, sino para evitar alimentos dañinos, para conseguir una higiene aceptable o simplemente para saludar educadamente a las personas.

Podríamos añadir más aspectos, desde los cuales notamos ya dos dimensiones fundamentales de todo ser humano: la capacidad de pensar racionalmente, y la posibilidad de actuar según criterios éticos. Esas dimensiones explican dos deseos irrenunciables: el de conocer la verdad y el de optar por bienes verdaderos.

Un buen proyecto educativo tiene presentes estos datos que se obtienen desde una observación serena sobre el hombre. Desde luego, hay que saber ir más allá y elaborar una explicación filosófica que los fundamente adecuadamente y que sirva también para responder a preguntas como las que presentamos en varios momentos de estas reflexiones.

Si conseguimos respuestas acertadas, no solo superaremos los errores de antropologías insuficientes, sino que individuaremos qué visión antropológica sea la más adecuada a la hora de elaborar una teoría pedagógica y, sobre todo, a la hora de emprender un buen itinerario educativo para ayudar a cada niño, joven o adulto, en su camino hacia la humanización plena.

5. Educación y perfeccionamiento humano

Hablar de humanización plena nos pone ante un tema que está presente en muchas teorías pedagógicas: la idea de perfeccionamiento humano, íntimamente relacionada con lo que dijimos sobre la educación como camino de cambios orientados hacia lo que es considerado como mejora.

Espontáneamente hablar de perfeccionamiento supone que existe un punto de partida, considerado como menos perfecto, y un punto de llegada, considerado como más perfecto.

Desde luego, hablar de “puntos” puede dar una sensación estática, cuando en realidad el ser humano se encuentra en un continuo proceso que hace difícil encapsular las diferentes situaciones.

Pensemos en una de las formas más sencillas y comunes de educación: la que se produce en el hogar cuando se enseña al hijo el idioma de sus padres.

El punto (o situación) de partida es un niño pequeño en sus primeras fases de desarrollo físico y mental. No habla, solo se comunica con gestos, sollozos, sonrisas, miradas.

El punto de llegada es el mismo niño que empieza a dominar unas palabras, a unirlas de modo significativo, a entender lo que se le dice y a expresarse en el idioma de los padres o en otros idiomas a los que tiene acceso.

Lo que vemos en el hogar ocurre en muchísimas situaciones, algunas en ámbitos más formalizados, como la escuela institucional, y otras en ámbitos menos formalizados, como cuando se lee un libro con nuevas informaciones.

Sea cual sea la situación de partida y el método seguido, lo que acomuna a cualquier actividad educativa, también lo que algunos llaman como autoeducación, es la búsqueda de cambios, y de cambios que, según vimos, sean benéficos.

Surge aquí un problema tan antiguo como la humanidad: a veces un proceso educativo lleva al educando a una situación peor, como cuando se aprende un dato equivocado o cuando se interioriza un modo de vivir dañino para la salud o para la convivencia con otros.

Constatar este problema no elimina lo propio del ideal educativo: promover mejoras, animar al progreso, permitir que los niños, jóvenes y adultos avancen hacia conquistas en el saber (conocimientos) y en el vivir (comportamientos).

Lo anterior implica justificar en qué sentido cada proyecto educativo conlleva una mejoría. Porque no todos están de acuerdo en qué sea lo mejor para un niño en cuanto ser humano, y porque hay diferentes ideas sobre el bien que compiten en el mundo pluralístico en el que vivimos.

A pesar de las dificultades y los retos que el pluralismo pueda provocar, sigue en pie el reto de identificar, en la medida de lo posible, en qué consista el perfeccionamiento humano. Porque solo desde una buena comprensión del mismo será posible mejorar (perfeccionar) las propuestas y los métodos educativos, para el bien de los individuos y de las sociedades.

6. Educación y conocimiento humano

Entre las dimensiones educativas las que se refieren al adquirir conocimientos (contenidos) tienen una relevancia notable.

En el esfuerzo filosófico por explicar qué sea un conocimiento se han elaborado, a lo largo de los siglos, diversas teorías. A partir de ellas surgen propuestas educativas diferentes.

La lista de teorías sobre el conocimiento podría ser larga. En general se mueve entre alternativas más o menos radicales. Aquí fijamos la atención en varios grandes grupos que pueden parecer antagónicos.

Encontramos, inicialmente, teorías que dan prioridad casi absoluta al conocimiento sensible (empírico, experimental), mientras que otras consideran que el conocimiento racional (intelectual) sería lo más importante.

También identificamos algunas teorías que creen que el ser humano es capaz de alcanzar verdades y de ofrecerlas a otros, mientras otras suponen que la verdad es inalcanzable y que solo nos movemos con opiniones frágiles y siempre sujetas al cambio.

Esas alternativas (y otras que han sido objeto de atención en el pasado o lo son en el presente) reflejan las dificultades que existen a la hora de describir el modo con el cual los seres humanos alcanzamos (o creemos alcanzar) conocimientos verdaderos.

Según uno adopte una u otra teoría, las propuestas educativas serán muy diferentes. Por ejemplo, quienes suponen que no hay verdades absolutas y que solo la experiencia sensible sirve como guía para una vida buena, adop-

tarán métodos pedagógicos orientados a un buen uso de los sentidos y con poca atención a dimensiones más abstractas e “idealistas”.

La existencia de un pluralismo sobre el conocimiento humano exige emprender un serio análisis sobre las diferentes teorías, para así dejar a un lado lo que sea erróneo en cada una, y acoger lo que sirva para explicar bien nuestro modo de pensar.

Solo desde ese análisis sobre las teorías educativas será posible, luego, elaborar propuestas bien orientadas, que permitan a niños y no tan niños orientarse en la vida de modo que no solo distingan entre lo falso y lo verdadero, sino sobre que puedan avanzar hacia lo correcto en temas de tanta importancia como los que se refieren a la honestidad y la justicia en el mundo humano.

7. Educación y transmisión del saber

Uno de los temas más importantes para la filosofía de la educación busca responder a preguntas como estas: ¿por qué una persona habla y otra escucha? ¿De dónde nace el deseo de enseñar y el esfuerzo por aprender?

La historia humana se construye desde un número incalculable de conocimientos. Unos son etapas provisionales en el camino hacia la verdad: con la llegada de nuevos datos los antiguos quedan corregidos o superados. Otros se transmiten de generación en generación con una continuidad sorprendente: también hoy, como en el pasado, los padres enseñan a los hijos a tener cuidado con el fuego.

En esa larga historia nunca se ha interrumpido la transmisión del saber. Es cierto que algunos datos y textos han quedado a veces olvidados durante siglos, o incluso que han desaparecido por completo. Pero también es cierto que otros millones de datos llegan al presente desde una cadena asombrosa de comunicadores, padres y madres, maestros o simples aficionados, que han sabido hacer llegar una información desde el pasado hasta el presente.

Lo anterior ha sido posible porque unos hablan (escriben, graban, publican en Internet) y otros escuchan (leen, ven, consultan en la Web). Los primeros comunican con la convicción de transmitir algo importante y valioso. Los segundos acogen informaciones desde ese deseo incontenible que tienen todos los hombres por conocer la realidad, según la famosa frase que da inicio a la *Metafísica* de Aristóteles.

Los errores del pasado y del presente no han podido interrumpir la cadena. Es cierto que descubrir un engaño duele, crea desconfianza, daña la comunicación. Sin embargo, más allá de errores involuntarios o de mentiras

manipuladoras, siguen abiertos canales de enseñanza entre todas las generaciones y sobre los temas más insospechados.

¿Por qué, entonces, unos hablan y otros escuchan? Porque los primeros suponen conocer algo que interesa y vale para los segundos. Porque los segundos acogen y reciben con actitud despierta (también crítica) lo que transmiten los primeros.

Así se construye ese rico y continuo fenómeno que conocemos como educación. Desde la misma los seres humanos se colocan en una línea imaginaria que va desde los orígenes de la humanidad y que llega hasta nuestros días.

Esa línea explica los muchos beneficios que han caracterizado nuestra vida y que llegaron a nosotros desde cientos de personas que compartían su saber: un médico competente y disponible, un paciente profesor de idiomas, un hábil maestro de la autoescuela, unos padres de familia y amigos que nos apartaron del mal camino y nos guiaron, respetuosamente, hacia el bien, la verdad y la justicia.

8. La educación y la sociedad

Uno de los temas más ricos y complejos en la filosofía de la educación consiste en analizar las relaciones entre los actos educativos y la sociedad, que es el ámbito donde se produce la transmisión del saber apenas mencionada.

El tema es tan viejo como la humanidad, pues en cada proyecto por ayudar a un niño (o a un adulto) a aprender algo se busca, directa o indirectamente, no solo comunicar contenidos, sino también promover su inserción en la sociedad.

De aquí nacen una serie de preguntas, cada una de las cuales requiere análisis no fáciles y encuentra respuestas diversificadas, o incluso contrapuestas.

La primera pregunta es la más radical: ¿cómo explicar correctamente la relación entre la persona concreta y la sociedad? ¿Ha de subordinarse la primera a la segunda? ¿O la segunda sirve solo para promover los intereses individuales?

La segunda pregunta, que depende de la anterior, nos pone ante la discusión sobre lo que sea admisible en la vida social (y así habría que promoverlo en la educación) y lo que hay que evitar o incluso castigar (y así los educadores buscarían alejar a sus alumnos de ello).

La tercera pregunta busca enumerar aquellos objetivos que se espera alcanzar por medio de la educación: ¿cuáles serían los “mínimos” que cada uno necesitaría aprender para entrar a formar parte, sanamente, de la vida social?

La cuarta se fija en los modos a través de los cuales la educación podría promover una aceptable integración de los nuevos miembros en las agrupaciones de los adultos. Entre esos nuevos miembros unos llegan de modo natural (los hijos), y otros como emigrantes (con un bagaje que no siempre encaja bien con la sociedad que los recibe).

Responder a estas (y otras preguntas) no resulta fácil, sobre todo en un mundo pluralista donde conviven modos muy diferentes de entender al ser humano, a la sociedad, a la ética, y a los caminos que ayuden a armonizar las diferentes maneras de pensar y de vivir.

Más allá de las diferencias, la filosofía de la educación debe afrontar estas y otras preguntas que van a un núcleo importante, insustituible: ¿cómo los educadores, en la familia, en la escuela, en cualquier otro ámbito, pueden promover una sana convivencia social? ¿Cómo acompañar respetuosamente a las personas en el camino de integración en las comunidades en las que viven?

9. La educación ética y el ser humano

Ofrecer una buena educación ética es un ideal y un deseo de muchos. Para alcanzarlo, un punto fundamental consiste en entender un poco mejor lo que significa vivir como seres humanos.

Como las teorías sobre el hombre son muchas, como ya ha sido señalado, no resulta fácil encontrar parámetros compartidos para elaborar proyectos de educación ética que sean buenos y, en la medida de lo posible, eficaces.

Pensemos, por ejemplo, lo que ocurría (por desgracia ocurre también hoy) en sistemas totalitarios que veían al ser humano como un simple engranaje del Estado. Estos sistemas enseñaban una ética de sumisión al partido, a la clase, a los principios de la “revolución” o de la “raza”. Toda opción diferente a la “oficial” era considerada como dañina y, por lo tanto, castigada. La ética del Estado se convertía en la ética enseñada e impuesta a todos y a cada uno.

Otro modo de entender al ser humano lo ve simplemente como un animal sofisticado que busca la supervivencia en un mundo hostil o, al menos, complejo. Esta perspectiva antropológica, que puede encontrar conexiones con algunas interpretaciones del darwinismo y con filosofías de tipo materialista, concibe la ética como algo funcionalístico que se orienta al esfuerzo por sobrevivir en este mundo, sin apertura a un horizonte tras la muerte, y según criterios que pueden aprenderse, en parte, aunque no solo, al observar comportamientos de animales.

Hay quienes, en una visión contraria al totalitarismo o al biologicismo, han negado cualquier idea de naturaleza humana y han concebido la ética como un camino para realizarse sin normas, sin tabúes, en la máxima libertad y espontaneidad. Cierta existencialismo, como el de Sartre, sería incapaz de enseñar normas éticas basadas en una naturaleza humana, precisamente porque negaba la idea misma de naturaleza, por lo que la única “educación ética” consistiría en promover la libertad y la autorrealización de las personas.

Con estos tres ejemplos se hace patente la variedad de antropologías que existen en el mercado de las ideas. Lo importante, entonces, es emprender un camino que sepa individuar aquellos aspectos verdaderos de la condición humana que fundamenten criterios éticos válidos para todos, de forma que se supere el peligro de visiones reduccionistas que se fijan en un aspecto y olvidan otros.

El camino no es fácil, porque algunas sociedades manifiestan actitudes de incompreensión hacia razonamientos que a veces son vistos como abstractos o difíciles. Sin embargo, no podemos quedarnos con los brazos cruzados ante una pluralidad de antropologías que no solamente crea confusión, sino que ha permitido y permite el que surjan propuestas de educación ética claramente injustas, hasta el punto de orientarse hacia la destrucción de la convivencia social.

Desde un horizonte abierto a ulteriores reflexiones, podemos reconocer inicialmente este principio: una buena antropología será aquella que permita individuar las dimensiones centrales de la condición humana y explicarlas en su totalidad, sin exaltar algunas a costa de postergar otras, y sin construir teorías interpretativas que no lleguen a entenderlas de modo adecuado.

10. Educación, ética y libertad

La educación para la ética supone que los seres humanos tenemos una libertad con la cual escogemos entre varias opciones posibles. Algunas mejores, otras indiferentes, otras claramente malas.

Quienes tienen la tarea de educadores (los padres, los maestros, otras figuras cercanas a los educandos) saben lo importante que es una buena educación ética, y lo difícil que resulta ofrecerla de modo adecuado.

Algunos niños resisten a lo que le dicen sus mayores. No quieren respetar a otros niños, usan malas palabras, intentan “robar” juguetes, y otra serie de comportamientos problemáticos.

Otros niños son más dóciles, tranquilos, abiertos y disponibles a ser ayudados en el camino que lleva a una sana vida ética. También ellos necesitan

ser guiados por buenos educadores, sobre todo ante el peligro de encontrarse con malos “amigos” a los que fácilmente podrían “someterse” de modo gregario y acrítico.

El reto de la educación moral ha cruzado todas las sociedades y todos los pueblos. Entre los primeros pensadores de las grandes tradiciones culturales hay decenas y decenas de sentencias que buscan dar pistas para una vida éticamente bien llevada.

Por eso, una de las preguntas centrales de cualquier tiempo, también del nuestro, consiste en ver si realmente lo que ofrecemos como educación ética sea válido, justo, apto para el desarrollo de cada uno y de la sociedad, o si no hay escorias y desviaciones que impiden a los hijos distinguir entre el bien y el mal.

Cada decisión libre de un ser humano permite acercarse hacia la honradez, la justicia, la veracidad, el amor, o hacia lo contrario. Una buena educación ética acompaña, estimula, promueve todo aquello que sirve para avanzar hacia lo excelente, lo virtuoso, lo que vale, tanto para la vida presente como para la vida que inicia tras la muerte.

11. Sobre la metodología educativa

A la hora de pensar en los sistemas educativos, un tema importante se refiere a los métodos, con los que se busca responder a la pregunta: ¿cómo enseñar?

La pregunta por el método, sin embargo, surge tras otras preguntas que la preceden: ¿quién enseña? ¿A quién? ¿Sobre qué?

En otras palabras, cualquier reflexión sobre la metodología surge a partir de una serie de temas más importantes, pues se refieren al núcleo de cualquier enseñanza: alguien desea enseñar algo a otro ser humano.

Sin detenernos en esas preguntas, en parte ya señaladas en estas reflexiones, volvemos la mirada al método: ¿cómo enseñar?

La pluralidad de sistemas educativos evidencia que son diferentes y variadas las propuestas ofrecidas para elaborar buenos (al menos en principio) métodos educativos.

Algunos, por ejemplo, proponen un método más “clásico”: conferencias y clases en las que se dirige de cerca el trabajo de los estudiantes. Otros prefieren métodos más dinámicos, con menor atención hacia la transmisión verbal de contenidos y mayor hacia las competencias y habilidades. Otros estimulan a los estudiantes a la búsqueda personal de los diferentes

argumentos, de forma que luego puedan discutir en común las respuestas encontradas.

Si, además, traemos a colación los estudios sobre la psicología de la educación, sobre la pedagogía y sobre la psicología evolutiva, con teorías no siempre concordes, tendremos ante nosotros un cuadro sumamente complejo de teorías y de proyectos educativos.

Por eso, frente a la pluralidad de propuestas, hace falta ir a fondo: ¿qué significa educar? En el fondo, se trata de guiar y conducir a un ser humano desde un estadio de ignorancia (o de un saber insuficiente) hacia un estado de saber (o de un saber más adecuado y maduro).

Esta definición, que encuentra sus raíces en el pensamiento de Sócrates y de Platón, conserva una actualidad sorprendente. Hoy, como hace miles de años, los seres humanos son conscientes de la diferencia que existe entre no tener y tener un saber, y de la ayuda que unos seres humanos pueden ofrecer a otros en el camino hacia la adquisición del conocimiento.

Desde esa definición, y desde aportaciones presentes en el pensamiento platónico, es fácil reconocer que no todos enseñan de la misma manera, que no todos aprenden con un mismo método, y que diferentes disciplinas requieren diferentes modalidades de enseñanza. Es decir, el pluralismo de métodos es irrenunciable desde el reconocimiento de las diferencias entre los actores que participan en la educación y los diferentes contenidos que se quieren transmitir.

¿Cómo individuar cuál sería el método más adecuado? Aquí radica uno de los grandes retos para todo educador, tanto en el pasado como en el presente. En forma de bosquejo, se podría señalar que un método muestra señales de validez cuando está atento a los siguientes aspectos.

En primer lugar, a las personas que intervienen. Un método educativo debe adaptarse tanto al “maestro” como al “discípulo” de la mejor manera posible para ambos.

En segundo lugar, el método debe respetar la naturaleza del argumento que se quiere enseñar. En palabras que arrancan desde una reflexión de Aristóteles, no es correcto enseñar matemáticas de modo retórico, como tampoco se debe enseñar ética como si fuese geometría.

En tercer lugar, el método tiene que calibrar la situación concreta en la que se desarrolla cada evento educativo. Esa situación puede variar enormemente incluso cuando los agentes que participan en una escuela son los mismos a lo largo de un periodo de tiempo concreto (semestre, año). Basta a veces un cambio en la presión atmosférica para que se haga necesario una adaptación metodológica en el aula...

En cuarto lugar, el método no puede dejar de lado las expectativas que los padres de familia y la misma sociedad tienen respecto de los resultados educativos. Desde luego, no todas las expectativas son correctas ni realistas, pero no podemos dejarlas de lado.

En quinto lugar, es necesario tener presente la mayor o menor facilidad con la que los alumnos (en grupo y de forma personalizada) pueden acceder a informaciones sobre los diferentes temas propuestos para ser enseñados. Esa facilidad ha visto un aumento significativo allí donde el acceso a Internet y a otros instrumentos informáticos ofrece un mundo casi inabarcable de datos de todo tipo (buenos, regulares y malos).

Aunque sea en forma de bosquejo, una reflexión sobre el método no puede dejar de lado estos aspectos. Desde una adecuada profundización sobre los mismos será posible no solo mejorar la didáctica, sino conseguir los resultados esperados: un mejor aprendizaje de contenidos que, si han sido bien seleccionados, tendrán un valor importante en el desarrollo personal de cada uno de los alumnos.

12. Prudencia educativa

Relacionadas con la metodología, surgen continuamente preguntas entre los educadores: ¿intervenir o dejar pasar? ¿Tomar la iniciativa o ver qué hacen los educandos espontáneamente? ¿Corregir ahora o hacer como si nada hubiera ocurrido?

Ante preguntas como las anteriores, existen dos posturas antitéticas. Una consiste en intervenir a cualquier precio, en castigar de inmediato, en adoptar una postura directiva con órdenes e indicaciones claras.

La otra consiste en evitar intervenciones supuestamente dañinas, que podrían provocar tensiones, que enrarecerían el ambiente, que serían criticadas como autoritarias, que ahogarían procesos orientados a facilitar la asunción de responsabilidades.

Entre esas dos posturas antitéticas podrían indicarse otras, más cercanas a la primera o a la segunda. Por ejemplo, el miedo a consecuencias negativas si no se corrigen ciertas cosas, o el miedo a “quemarse” y ser visto como un desfasado educador “a la antigua” cuando uno imparte indicaciones difíciles.

A la hora de afrontar este tipo de preguntas, resulta útil recordar las famosas distinciones: no hay que incurrir en el permisivismo ni en el autoritarismo, en las imposiciones o en las omisiones, en los miedos por exceso o por defecto.

En el horizonte de toda tarea educativa, se insinúa la importancia de la virtud de la prudencia, esa que permite evaluar seriamente las situaciones, las personas, las posibilidades, y que permite adoptar decisiones orientadas al mejor modo de conseguir metas buenas.

Porque hay ocasiones en las que los hijos, o un grupo de alumnos, o una oficina de trabajo, requieren una intervención serena pero firme para evitar abusos y daños que sufren los más débiles.

Porque también hay otras ocasiones que aconsejan una pausa reflexiva para observar cómo reaccionan las personas y para ver si muchos (ojalá todos) escogen los caminos más correctos para vivir en común y para llevar adelante los propios deberes.

Ser educador nunca ha sido fácil, pero siempre es algo bello. A pesar de todos los riesgos, a pesar de que fácilmente se puede incurrir en el exceso o en el defecto, una buena dosis de prudencia, acompañada por el auténtico cariño hacia los educandos, se convierte en una aliada excelente para mejorar las decisiones y para acompañar a quienes necesitan buenos guías y compañeros en el camino hacia la propia maduración.

La cual, y así volvemos al inicio de estas reflexiones, es la meta que caracteriza la educación humana: la búsqueda de mejoras personales y comunitarias, en el camino que nos acerca, paso a paso, hacia la verdad, el bien y la belleza. Es decir, hacia el encuentro con Dios que es el Padre que nos ha dado la existencia y nos invita a la plenitud que consiste en dejarse amar y en amar.